

prepararse á un tránsito feliz. Francisco no le desampara, y el monarca obtiene la venturosa suerte de expirar entre las manos del siervo de Dios.

10. Nada diré de su espíritu profético ni de tantos otros dones con que plugo al Señor ensalzar á su humilde siervo para cumplir su promesa: *Qui se humiliat exaltabitur*; pero ¿qué don mayor pudiera Dios hacerle, que el don de los dones, el espíritu de caridad que inflamó su corazón con tan ardientes llamas que lo transfiguró en serafín humano? ¡Ah! ¿no habéis visto escrito sobre su corazón este lema divino: *Caritas?*—Caridad, amor de Dios respira su endiosado semblante: caridad, amor del prójimo, predicán todas sus acciones: la caridad que le vivifica parece comunicarse á cuantos le contemplan. De él se ha dicho como del gran legislador Moisés: *Dilectus Deo et hominibus*—«Fué amado de Dios y de los hombres»¹; pero también debe decirse: amó á Dios y á los hombres, porque supo corresponder á la predilección de Dios. ¿Cómo no había de amar ardentísimamente á aquel Dios que le colmaba de tan singulares favores? ¿cómo no había de amar á los hombres quien tantos beneficios iba haciéndoles por doquiera que pasaba, quien no vivía para sí, ocupado todo en glorificar á su Dios y en procurar el bien á sus hermanos? Por eso fué dichoso hasta en las circunstancias accidentales de su muerte. Después de una vida de más de noventa años, consagrada á servir á su Criador y edificar á su Iglesia, habiendo dado la bendición á sus hijos, un día de viernes santo abrazado con una cruz y diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, dió su espíritu al Señor, á la misma hora que Jesús había dado el suyo al Padre en el ara de la cruz. Quedó su cuerpo muchos días tan entero y fresco como si estuviera vivo, despidiendo de sí una celestial

¹ Eccli. 45, 1.

fragancia, símbolo de la que exhalan hasta hoy por todo el mundo sus admirables virtudes. ¡Oh fragancia suavísima, la de la humildad! ¡oh exquisito aroma, el de la caridad! Corramos, hermanos carísimos, tras la huella luminosa que nos dejó trazada el humilde y caritativo Francisco de Paula: á su ejemplo humillémonos, como nos aconseja el apóstol San Pedro, bajo la poderosa mano de Dios, para que nos ensalce en el tiempo de la visitación¹, en el día de la eterna recompensa. Así sea.

De San Isidro Labrador.

(Predicado en Costa Rica, 1878.)

El modelo del obrero cristiano².

Ecce homo agricola iste fuit... ad servendum Deo viventi.

Sec. Zach. 13, 5.

1. El hombre cuya dulce imagen veis allí, católicos oyentes, cuyo nombre, grato y venerable para todo corazón cristiano, es para vosotros objeto de singular cariño, respeto y veneración sin límites, no es un grande de la tierra, no es un sabio ni un célebre estadista, es pura y simplemente un santo agricultor, un pobre jornalero que supo santificarse en el trabajo y adquirir alta gloria en el cielo y renombre imperecedero en la cristiandad. Es vuestro glorioso Patrono, y Patrono de la capital de España, San Isidro Labrador. Es lo que dice la Iglesia aplicando el texto de la sagrada Escritura que acabáis de oír: *Ecce homo agricola iste fuit*. . . «He aquí un hombre que no pasó de

¹ 1 Petr. 5, 6.

² Aprovechamos la ocasión que nos brinda la fiesta de un santo agricultor para divulgar la doctrina cristiana acerca del trabajo, magistralmente expuesta por el P. Félix S. J. en el tomo 11º de sus Conferencias de Nuestra Señora de París.

ser un obrero, un trabajador del campo.» Y sin embargo ¡allí le veis, llevado en hombros de todo un pueblo sencillo, pero sano, culto y religioso que le aclama por Patrono; allí le tenéis en el altar recibiendo los humildes y fervientes homenajes de toda la sociedad cristiana que le cuenta entre los grandes del cielo, á quien se encomienda en sus necesidades, de quien espera protección y favores. ¿Cómo se explica un hecho tan maravilloso, aunque nada extraordinario en la Iglesia católica? Fácilmente, como lo vais á ver. San Isidro fué un simple agricultor: *Ecce homo agricola iste fuit*; verdad es, pero con una circunstancia que consigna el texto aplicado por la Iglesia á nuestro Santo, y es lo que significan las palabras en que debéis fijar bien la atención: *Ad serviendum Deo viventi* — «Para servir al Dios vivo.» Aquí está, amadísimos hermanos, la clave de todo el misterio de la grandeza de nuestro héroe. ¿Es cosa grande y de gran mérito el trabajo? Yo diré: puede serlo, pero también puede ser una cosa bien trivial y despreciable. ¿Es glorioso el trabajar? Sí, puede ceñir de honor la frente del obrero; pero también, y lo vemos de ordinario, puede envolverlo en el polvo del desprecio general. ¿En qué está la diferencia de efectos de una causa al parecer idéntica? Es lo que debéis notar bien, especialmente vosotros, hombres del trabajo y del trabajo físico y material: es lo que debéis aprender de vuestro esclarecido modelo. Hay una idea y una práctica del trabajo cristiano, tal y como veréis que lo practicó San Isidro; pero hay también otra idea y otra práctica del trabajo que, en vez de ennoblecer, envilece al hombre, y es la del trabajo pagano, idea y práctica que arrojan esas modernas teorías de la economía materialista y atea que hoy se venden por únicas verdaderas en el mundo de los sabios.

2. ¡Trabajadores cristianos! — y todos debemos serlo más ó menos, en una ú otra forma — vais á ver y aprender en el modelo que tenéis delante *las condiciones* del trabajo

que engrandece, que le da no sólo merecimientos para la vida eterna, sino hasta un valor económico de orden natural, que no pueden darle todos los esfuerzos de la ciencia, de esa ciencia que prescinde sistemáticamente de la doctrina religiosa y cristiana. ¡Ojalá que la atenta consideración de la vida y del carácter de este santo Obrero fuese parte á persuadirnos de que la religión de Cristo no sólo nos encamina derechamente á la felicidad del cielo, sino que contribuye eficazmente á labrar nuestra felicidad de la tierra! ¡Cuánto valdría esta persuasión para movernos á la imitación de los santos! Dénos el Señor su gracia para tratar debidamente este delicado asunto. Al efecto saludemos á María con el fervor con que la saludaba San Isidro. *Ave María*.

I.

3. Aquel Dios providentísimo que distribuye las suertes de los hombres y á unos hace nacer en dorado palacio y á otros en miserable choza, dispuso que su gran siervo San Isidro, á quien había de colmar de gracias tan extraordinarias, naciese en la pobreza y desabrigo que suelen ser el ornato de las casas de los jornaleros. No perteneció á la aristocracia de Madrid sino á la clase del pueblo, cuyos hijos no tienen otro patrimonio ni más porvenir que el trabajo. Púsose á servir con humildad á un caballero, de cuya hacienda se hizo cargo por un sueldo convenido. Era, pues, un simple proletario, condenado á ganar el pan para sí y su familia con el sudor de su rostro, labrando toda la vida los campos y heredades de sus amos. ¡Condición infeliz, según el mundo! ¡profesión voluntariamente elegida por Isidro! ¿Acaso, aunque pobre, no podía haber optado por otra manera de vivir menos penosa? Sin duda; pero nuestro Santo tuvo por dicha á sí la sentencia pronunciada contra Adán arrojado del paraíso: *In sudore vultus tui vesceris pane* — «Comerás el pan con el sudor de

tu rostro»¹; y esto fué lo que le decidió á no buscar otra industria para vivir que el rudo trabajo de agricultor. Amó, pues, el trabajo, lejos de aborrecerlo y excusarlo como hacen los hijos del siglo, quienes á duras penas se sujetan á él por la ley imperiosa de la necesidad. Isidro recordaba la sentencia del patriarca Job: «Como el ave nace para volar, el hombre nace para trabajar.»² Y sabía muy bien que aun en el estado primitivo de la inocencia en que crió Dios al hombre, el trabajo era como la condición de su felicidad, supuesto que el Hacedor puso á Adán en el paraíso de los deleites, *ut operaretur et custodiret illum*—«para que trabajase y de esta suerte lo guardase»³. Pero después que por la desobediencia al mandamiento del Señor, perdió el primer hombre el paraíso y fué arrojado fuera de aquella deliciosa morada para llevar una vida de penalidades que había de terminar con la muerte; ¡oh! entonces la ley del trabajo se convirtió en anatema y castigo en virtud de estas terribles palabras: «Maldita la tierra que cultives: sólo á fuerza de fatigas le arrancarás el fruto con que te alimentarás por todos los días de tu vida, y comerás el pan con el sudor de tu rostro.»⁴ Desde este momento el trabajo y el dolor, como compañeros inseparables de viaje, vienen persiguiendo de espacio en espacio y de siglo en siglo á la humanidad prevaricadora en la mansión de su destierro y á través del valle de sus lágrimas. La noción del trabajo debe formarse á la luz de esta gran verdad histórica y religiosa: la caída del hombre y la perturbación del orden primitivo. Una vez aceptada esta doctrina, el cristiano está dispuesto á soportar las duras pruebas de la vida con resignación, con tranquilidad y hasta con amor⁵. El cristiano comprende que el trabajo es un esfuerzo por lo mismo que

¹ Gen. 3, 19.² Job 5, 7.³ Gen. 2, 5.⁴ Gen. 3, 17. 18. 19.⁵ P. Félix, op. cit.

es una pena y un castigo. Trabajar es tanto como vencer una dificultad, soportar una fatiga, sufrir un dolor. Por eso veréis á San Isidro agobiado bajo la carga de trigo que lleva sobre sus hombros al molino, y la frente bañada en sudor cuando empuja el arado en los duros campos de Castilla. Y esto un día y otro día sin rendirse jamás, sin murmurar de su suerte, sumiso siempre á la voluntad del Señor. Esa idea del trabajo suave y atractivo, del trabajo sin trabajo, no puede menos de ser una idea peregrina, utópica, propia de un siglo naturalista y soñador como el nuestro, en el que se han forjado tantas quimeras y abordado tantos planes absurdos de felicidad terrena. Tomemos, carísimos hermanos, el trabajo como es en realidad, como lo tomó el obrero cristiano San Isidro. Y así nos santificará.

4. En efecto, el hombre de fe á quien Dios ha condenado á vivir de su trabajo, sabe que trabajando cumple con un deber general impuesto por el Criador, se somete á una pena fulminada contra la humanidad en masa, y por este camino progresa hasta alcanzar su perfección moral. Sí, cristianos; la ley del trabajo es una ley de progreso y perfección: función tan necesaria es el trabajo y deber tan radical que no puede hombre alguno sustraerse á él sino degradándose. . . . «El trabajo», dice el sabio orador que nos guía, «da esplendor á la inteligencia, elasticidad al cuerpo, energía á la voluntad, corona real á la actividad.» Tal es el fin legítimo del trabajo, tal debe ser su noble aspiración. No son éstas, por desgracia, las ideas del vulgo de los trabajadores. Ellos trabajan por adquirir riquezas con que procurarse comodidades y placeres, y salir, si les fuese posible, de su modesta posición social para figurar en otra esfera de mayor lucimiento y mundano esplendor. Pero es preciso confesar que no pensaba de esta manera el hombre á quien hoy veneramos en los altares; y cierto, si tal hubiese sido su modo de pensar,

no hubiera llegado jamás á la cumbre del honor en que hoy le vemos. Habría sido á lo más uno de tantos que se dicen favoritos de la fortuna, cuyo nombre hubiera desaparecido con su efímera existencia. Habría sido uno de aquellos de que dice el Profeta: *Quorum non es memor amplius, et ipsi de manu tua repulsi sunt*—«De quienes no se acuerda más Dios, y á quienes rechaza de su mano.»¹ Para un trabajador como San Isidro el ideal de la vida no es ese ideal vulgar, con que sueñan los amadores del oro, los famélicos del goce, *trabajar para gozar*, acumular para consumir, hacer una fortuna en pocos años para pasar después la vida entera en una estéril ociosidad. Por eso le vemos trabajar toda la vida hasta la edad más avanzada; y ¿qué goza entre tanto? Por cierto ninguna de las comodidades de la vida humana: jamás sale de la humilde y penosa condición de jornalero. Varía de amos, pero él permanece siempre obrero asalariado. No tiene aspiraciones terrenas. Dios bendice por su medio las posesiones de sus afortunados señores: el trigo se multiplica por milagro entre sus manos. Pero Isidro no toma, no quiere nada para sí. Su vida es un modelo de sencillez y mortificación. Él sí que podía afirmar como el Apóstol: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus*—«Teniendo un pedazo de pan con que alimentarnos y un modesto vestido con que cubrirnos, con eso estamos contentos.»² Si Dios hubiera centuplicado los frutos de su trabajo y colmádole de riquezas, Isidro no las habría consumido en goces ignobles y degradantes: habríales dado una aplicación digna y noble, habríalas destinado sin duda al culto del Señor y al alivio de las miserias ajenas. Porque, como lo vais á ver, el trabajo cristiano se mueve por un resorte celestial, la caridad.

¹ Ps. 88, 6.² 1 Tim. 6, 8.

II.

5. No, carísimos hermanos, no es el egoísmo el móvil del trabajador cristiano, aunque á primera vista parezca que nadie trabaja sino por interés propio, por ventajas puramente personales. Para el materialista, ciertamente, el egoísmo frío y personal tiene que ser la única fuerza motriz del trabajo. Pero ¡qué odioso, qué abominable es este monstruo! El egoísmo en último análisis viene á ser el despotismo. «Es un tirano feroz por naturaleza, que, lejos de pensar en nutrir á los demás con su substancia, sólo piensa en nutrirse á sí con la substancia de los demás. Es una bestia fiera que, dominada por la codicia ó por el hambre de riquezas, se forma en medio de la soledad un festín salvaje, á cuya participación no admite á ningún ser viviente, aunque éste fuese un padre ó un hermano.»¹ Tal vez os parezca exagerada esta pintura. ¡Ah! no lo creáis. Por desgracia no faltan tristes ejemplos que la justifiquen. Hablo del egoísmo en sí mismo. Si no os parece tal, es porque, á Dios gracias, no lo conocéis, porque no se deja ver esa odiosa figura entre nosotros, porque en las costumbres sociales de nuestro pueblo se conserva todavía la savia de generosos sentimientos que la religión de Jesucristo ha infiltrado en sus venas. En efecto, ved lo que hace la escuela del cristianismo con respecto á la naturaleza del trabajo. Hácelo expansivo, generoso y fraternal, en lugar de exclusivo y positivista; y eso por la acción combinada de tres elementos religiosos, á saber: la reparación, el sacrificio y la solidaridad, elementos que en el fondo vienen á constituir la verdadera caridad cristiana. Demos alguna ampliación á estas ideas; ellas nos servirán de base para comprender la grandeza de la caridad del santo Labrador, virtud que fué en él

¹ P. Félix, op. cit.